

Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)



Juan Herrero Senés
University of Colorado Boulder

© Juan Herrero Senés, 2022

Resumen: El objeto principal es la reedición del texto de cuatro cuentos que permanecían olvidados en revistas y periódicos de la Edad de Plata española y cuya trama se presenta como ambientada en la prehistoria. Sus autores son Augusto Danvila Jaldero, Nilo María Fabra, Alfonso Hernández-Catá y Fulgencio Chapitel (¿seudónimo de Alfonso Martínez Rizo?). Lo que unifica a estos cuatro cuentos es su fascinación por narrar el origen de algo que sus autores consideran constitutivo de los humanos en sociedad, es decir, precisamente al momento en que la humanidad empieza a tener «historia». Con este nacimiento la humanidad alcanzaría una nueva fase de desarrollo y se abrirían nuevos horizontes. La palabra «primordial» designa esa doble vertiente del descubrimiento que estos cuentos pretenden hacernos revivir, pues aúna la idea de algo principal o esencial y a la vez primitivo y primero. El propósito que anima estos textos es la ambición por hallar y relatar un evento que es en sí mismo imposible de ser narrado: el momento en que nació el arte, el amor, el trabajo o la religión.

Palabras clave: ficción prehistórica, orígenes de la civilización, Augusto Danvila Jaldero, Nilo María Fabra, Alfonso Hernández-Catá, Fulgencio Chapitel

El objeto principal de este artículo es recuperar varios cuentos que permanecían enterrados en revistas y periódicos de la Edad de Plata española y cuya trama se presenta como ambientada en la prehistoria. Se trata de los siguientes: «El primer escultor español» (1887), de Augusto Danvila Jaldero, «El palo y la pala» (1897) de Nilo María Fabra, «Primeras lágrimas» (1902) de Alfonso Hernández-Catá y «La mayor fiera del mundo» (1930) de Fulgencio Chapitel. A excep-

ción del último, que indica el tiempo de la diégesis al inicio del relato, los demás aluden a este ya en subtítulos: «leyenda prehistórica» para el primero y «cuento prehistórico» para el segundo y el tercero. Así, que, de entrada, estos cuentos se postularían como candidatos para engrosar la lista de paleoficciones que Mariano Martín Rodríguez ofrece al final de su estudio de 2015 (ampliado en su versión definitiva de 2018) que se dedica a este tipo de obras y en el cual se describen los



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

orígenes del género y su primer desarrollo en España¹.

El problema es que una vez analizados con detalle, la mayoría de los textos no cumple estrictamente las condiciones para ser incluidos, porque su peripecia no se ubica en lo que contemporáneamente entendemos como el período Paleolítico o Edad de Piedra, sino en el periodo posterior de la protohistoria o Edad de los Metales. Como verán los lectores, en el texto de Danvila Jaldero se menciona el conocimiento del trabajo en oro, y en el de Fulgencio Chapitel (con mayor conciencia de su ubicación en la linde entre prehistoria y protohistoria) se nos introduce astutamente en una ciudad con armas de bronce y conocimientos de hilatura. En el de Fabra, nos encontramos directamente con una ambientación donde ya se ha producido la formación del estado y que, por su mención de reyes y condes y la existencia de cortes o de crónicas escritas, nos recuerda más a la Edad Media.

¿Por qué, entonces, los autores apelan a este período del devenir de la humanidad? La respuesta tiene probablemente varias aristas, más si cabe teniendo en cuenta que hablamos de textos publicados a lo largo de más de cuarenta años: por una parte, es probable que los autores utilizaran el adjetivo «prehistórico» de una manera laxa para aludir al periodo histórico anterior a la existencia de documentos escritos directos; quizá también el uso del adjetivo buscaba atraer al lector a un ejercicio de reconstrucción histórica novedoso y diferente. Tampoco es despreciable que quieran insertarse por la vía ficcional

en la indagación sobre los primeros tiempos del ser humano que la arqueología había asumido con fuerza desde mediados de la década de 1870. La idea que quiero proponer aquí es que «prehistórico» significa aquí «inicial» o «en los comienzos» y en realidad apunta a un propósito genealógico. Lo que unifica a estos cuatro cuentos es su fascinación por narrar el origen de algo que sus autores consideran constitutivo de los humanos en sociedad, es decir, precisamente al momento en que la humanidad empieza a tener «historia». Con este nacimiento la humanidad alcanzaría una nueva fase de desarrollo y se abrirían inéditos horizontes. «Primordial» me parece la palabra que nombra mejor esa doble vertiente del descubrimiento que estos cuentos pretenden hacernos revivir, pues aún a la idea de algo principal o esencial y a la vez primitivo y primero (nótese la insistencia, por ejemplo, con la que Hernández-Catá repite esta última palabra). El propósito que anima estos textos es la ambición por hallar y relatar un evento que es en sí mismo imposible de ser narrado: el momento en que nació el arte, el amor, el trabajo o la religión. Para hacerlo el único recurso que queda es la mentira, esto es, la ficción. En ella el surgimiento de estos puntales de la civilización se presenta en el modo del desvelamiento, esto es, el personaje principal descubre una verdad nueva que va más allá de su suceso individual y de ese modo se convierte (a ojos del lector, claro) en representante de la humanidad.

Esta ambición por señalar un instante iniciático (adjetivo que nuevamente funde la ideas de decisivo y de inicial) de la humanidad también aparece en las otras ficciones prehistóricas españolas (es palmario el título del cuento prehistórico de Francisco Navarro Ledesma, «El primer amor», de 1902) y culmina en el quizá sea

¹ Sobre la teoría y la historia internacional de la ficción ambientada en la prehistoria paleolítica, remito a los estudios fundamentales en la materia de Ruddick (2009) y Guillaumie (2021).



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

el texto más conseguido de todas ellas: *En las cavernas* (1912), de Emilia Pardo Bazán, que se ha reeditado varias veces en los últimos años (2002, 2016 y 2018). En esta novela corta, Napal, el protagonista masculino, constituye el adalid de la consolidación de la civilización, pues ha descubierto el arte (en este caso la música), la cocina (sabe cómo hacer pan) y, frente a la defensa del nomadismo por parte de sus compañeros y del jefe de la tribu, aboga por el sedentarismo, que comporta la agricultura y la instauración del núcleo familiar, pues Napal y su pareja Damara forman el que sería primer caso de monogamia, cuyo advenimiento, junto al del matrimonio como definitiva sanción, supone un tema insistente en estas historias.

Mientras que, en las narraciones de Danvila y Hernández-Catá, la pugna por conseguir los favores de una hembra es el motor del relato, en el caso de las de Fabra y Chapitel este lo constituye el establecimiento de un orden social civilizatorio, y en ese sentido son textos con una mayor carga de reflexión y crítica moral. En los cuatro ocupa una posición de centralidad el peso de la violencia y la idea del conflicto, entre personas o entre ideas. Los personajes procuran ser entendidos prioritariamente no por sus personalidades individuales (en los cuentos de Hernández-Catá y Chapitel los personajes ni siquiera tienen nombre), sino como arquetipos o encarnaciones de actitudes: Lauro es la representación del espíritu guerrero y la fuerza, frente a la sensibilidad que encarna Berto, y algo similar ocurre con Rosa y Margarita, las dos hijas del rey Pollene, que eligen la guerra y el trabajo respectivamente como forma de regir a sus súbditos. El guerrero que había comenzado odiando termina ahíto de dolor y descubriendo la pena de amor al perder a

su hembra en «Primeras lágrimas», mientras que en el cuento de Chapitel el protagonista pasa del arrojo al miedo tras adentrarse en la caverna del Grifo.

En cualquier caso, considero que los textos aquí ofrecidos son buena y variada muestra de las incursiones que escritores españoles hicieron en un subgénero que los retrotraía a los primeros tiempos de nuestra especie.

Paso ahora a dar noticia de los textos, presentados en orden cronológico, para luego ofrecer su transcripción.

Comenzamos con el escritor y crítico de arte valenciano Augusto Danvila Jaldero (1853-1935), quien tenía entre sus pasiones la arqueología y el estudio de los pueblos antiguos. Dedicado fundamentalmente al periodismo y la crítica, Danvila cultivó escasamente la ficción, en la que sobresale su obra *Las noches egipcias: leyendas del tiempo de los faraones* (1879). En torno al año 1887 mostró interés por los primeros ejemplos de representación artística producidos por el hombre, lo que dejó plasmado en el cuento que nos ocupa y el artículo «Orígenes de la pintura», publicado en *La Ilustración artística* aquel año. En este artículo afirmaba que por el estudio del arte prehistórico se concluía que la escultura debía considerar anterior a la pintura en su desarrollo, por su mayor facilidad de ejecución: «es mucho más fácil al que ignora las prácticas del arte modelar una figura rudimentaria de barro, para lo cual basta el simple recuerdo del natural, que dibujar el mismo objeto sobre un plano reduciendo a dos las tres dimensiones de todo el cuerpo» (8). Danvila ilustraría su tesis con el cuento «El primer escultor español» publicado en el *Almanaque del diario Las Provincias* de Valencia correspondiente al año 1887, publicación donde colaboraba con asiduidad. Ahí presenta a dos hermanos que compi-



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

ten por la mano de Nella, la bella hija de Oreto, el anciano jefe de una tribu íbera que ha decidido asentarse en un remanso del río Guadiana. Mientras que Lauro muestra su valor y fortaleza en el combate y aporta como prueba una diadema de oro robada al guerrero enemigo, Berto aparece en la choza de Oreto con un retrato de Nella realizado en bajorrelieve con barro, hecho en un momento de melancolía ante la idea de no volverla a ver. Con ello Berto muestra que su querencia por Nella es más profunda y sincera que la de su hermano, para quien la joven no deja de representar el premio exigido por el vencedor. Danvila se recrea en la elaboración de los pensamientos de Berto ante la inédita idea de plasmar su rostro sobre una tablilla de barro, y enfatiza cómo la obra de arte posee un hálito de magia en su capacidad para hacer visible y presente en todo momento aquello que no está frente a nosotros, y así perpetuar el recuerdo. A pesar de presentar a los dos hermanos en liza, Danvila elimina cualquier rastro de cainismo para reafirmar la nobleza de la que hacen gala los pobladores de lo que él, ya en el título, identifica como España, añadiendo una nota levemente patriótica ausente en las otras narraciones.

«El palo y la pala», es obra de uno de los padres de la ciencia ficción española (García Gutiérrez, 2018), Nilo María Fabra (1843-1903), y nunca ha sido recogido en volumen. Apareció en *La Ilustración Española y Americana*, donde Fabra colaboraba con asiduidad, en octubre de 1897, el mismo año en que llegó a las librerías *Presente y futuro*, la que sería la última recopilación de cuentos del periodista catalán. En este caso Fabra se separa de su línea narrativa habitual que tiende a ambientarse en el futuro y dotar de gran protagonismo a las innovaciones tecnológicas

(paradigmática en ese sentido es «Un viaje a la República Argentina en el siglo XXI», 1895), pero la historia retiene el interés del autor por los asuntos económicos y las virtudes burguesas de otras narraciones, tales como «Las tijeras» o «El triunfo de la igualdad» (ambas, 1895). En la mayoría de ellas, como aquí también ocurre, Fabra despliega una estructura en términos dicotómicos, contraponiendo a la ganancia rápida pero efímera el producto del esfuerzo continuado.

«El palo y la pala» describe la suerte dispar de las dos hijas de un soberano de las islas Baleares cuyo reino pasa por penalidades económicas. Casadas ambas a la misma vez, sus personalidades y decisiones opuestas harán que finalmente acaben enfrentadas. La historia se apoya en planteamientos clásicos de las fábulas y apólogos medievales sobre reyes (reparto de herencias y dotes, fortuna dispar de los descendientes) y tiene en el fondo el mismo objetivo que sus antecesores, la conseja o enseñanza moral, que en esta ocasión reitera un tema caro a Fabra: el valor del trabajo y del esfuerzo, tanto en el ámbito individual como en el colectivo. Baste añadir que en su esquematismo este cuento podría perseguir además del didactismo moral algún tipo de lectura en clave referida al presente histórico de su publicación.

El autor hispano-cubano Alfonso Hernández-Catá (1885-1940) publicó el tercer cuento aquí transcrito, «Primeras lágrimas», al inicio de su carrera literaria. Solo contaba diecisiete años y se había fugado del Colegio de Huérfanos de Militares de Toledo para hacerse escritor en Madrid. Entre los primeros lugares donde sus textos encontraron cabida estuvo el periódico *La Correspondencia Militar*, donde apareció esta breve historia el 25 de noviembre de 1902, solo cuatro días después de que



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

lo hubiera hecho en las páginas de *Los Lunes de El Imparcial* el cuento prehistórico (reeditado en 2020) de Francisco Navarro Ledesma «El primer amor», con el que guarda no pocas similitudes. Ambos se trasladan a los inicios de la civilización para tratar el asunto del surgimiento del sentimiento amoroso, que se presenta como una fase evolutiva posterior a la mera satisfacción del impulso sexual y además conlleva la aparición del afán de exclusividad entre los amantes. En ambos casos, el varón quiere que ella solo mantenga relaciones con él, algo que la mujer rechaza, provocando que hagan también su aparición por primera vez los sentimientos del despecho, la envidia y los celos. En ambos casos también nos encontramos con un final trágico que rubrica la idea de una férrea aleación entre amor y sufrimiento. El mismo esquema de un trágico triángulo amoroso se repetiría en la ya mencionada *En las cavernas* (1912) de Pardo Bazán. Este cuento se alinea con los intereses de Hernández-Catá a principios de siglo y que tienen que ver con el análisis de relaciones sentimentales complicadas, amores extraños y pasiones mórbidas (Aragón, 1996). Por último, cabe recordar que Hernández-Catá cultivó en otros momentos de su carrera la temática ficción científica, con historias como «Fraternidad» o «El aborto» (Meruelo González, 1973: 108-117), ambas recogidas en *La voluntad de Dios* (1921).

El cuarto y último texto ofrecido se publicó casi treinta años después, en mayo de 1930. Apareció en *Los Lunes de El Imparcial*, la afamada página literaria de ese periódico, firmado por un tal Fulgencio Chapitel, de quien no he podido localizar datos que indiquen que sea una persona real, aunque sí sabemos que es el nombre del protagonista de una novela de ciencia ficción escrita por el ingeniero in-

dustrial anarcosindicalista Alfonso Martínez Rizo (1877-1951) sobre las mismas fechas, *El amor dentro de 200 años* (1932), donde se describe cómo se ha transformado la sexualidad en el futuro una vez se ha instaurado en el mundo el comunismo libertario (anarquismo) tras la caída del capitalismo (Martín Rodríguez, 2016; Hernández Arias, 2017). Martínez Rizo pudo esconderse tras su personaje para publicar este y cuatro artículos más en la misma cabecera, todos ambientados en Barcelona, ciudad donde residía. La ideología del cuento también proporciona pistas de que podría tratarse de este autor, pues se nos narra la historia de una pareja de nómadas que encuentran una ciudad donde ya existe un rudimentario sistema de comercio basado en el trueque y deciden quedarse a vivir en ella. Pero un descubrimiento relacionado con una vieja leyenda les hará replantearse las cosas: a las afueras de la población vive una terrible bestia a la que se adora como un dios y a la que deben ofrecérsele sacrificios humanos. La historia tiene un claro objetivo de denuncia anticlerical y antirreligiosa en general, que a la postre lo es también de las mentiras e ilusiones en que se sostiene la civilización, asuntos ambos a los que Martínez Rizo dedicó buena parte de su producción.

Bibliografía

- ARAGÓN, Uva de (1996). *Alfonso Hernández-Catá. Un escritor cubano, salmantino y universal*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca.
- CHAPITEL, Fulgencio (4.5.1930). «La mayor fiera del mundo», *El Imparcial*, LXV.21831: 8.
- DANVILA JALDERO, Augusto (1879). *Las noches egipcias: leyendas del tiempo de los faraones*, Madrid, Moreno y Rojas.



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

- DANVILA JALDERO, Augusto (3.1.1887). «Orígenes de la pintura», *La Ilustración Artística*, VI. 262: 7-8.
- DANVILA JALDERO, Augusto (1887). «El primer escultor español», *Almanaque del diario Las Provincias*: 89-92.
- FABRA, Nilo María (1895a), «El triunfo de la Igualdad», *Cuentos ilustrados*. Barcelona: Henrich y Cía, 129-142.
- FABRA, Nilo María (1895b), «Un viaje a la República Argentina en el siglo XX», *Cuentos ilustrados*. Barcelona: Henrich y Cía, 169-185.
- FABRA, Nilo María (1895c), «Las tijeras», *Cuentos ilustrados*. Barcelona: Henrich y Cía, 211-216.
- FABRA, Nilo María (15.10.1897). «El pico y la pala», *La Ilustración Española y Americana*, XLI.38: 227 y 230.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, Alberto (2018). «Nilo María Fabra: Un precursor de la ciencia ficción en España», Nilo María Fabra, *Cuentos ilustrados completos*. Valencia: Gaspar & Rimbau, 3-31.
- GUILLAUMIE, Marc (2021). *Le Roman préhistorique: essai de définition d'un genre, essai d'histoire d'un mythe*. Talence: Fedora.
- HERNÁNDEZ ARIAS, Rocío (2017). «Técnicas narrativas del utopismo hispánico: *El amor dentro de 200 años*, de Alfonso Martínez Rizo y *La ciudad anarquista americana*, de Pierre Quiroule», P. Barrera Velasco, N. Fernández de Gobeo, R. Martínez Alcorlo, M. Olivas Fuentes y M. Vivanco (eds.), *Una llama que no cesa: Nuevas líneas de investigación en Filología Hispánica*. Madrid: Sial, 115-131.
- HERNÁNDEZ-CATÁ, Alfonso (25.11.1902). «Las primeras lágrimas», *La Correspondencia Militar*, XXV.7574: 1.
- HERNÁNDEZ-CATÁ, Alfonso (1921). *La voluntad de Dios*. Madrid: Alejandro Pueyo.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Mariano (2015). «*En las cavernas* (1912) de Emilia Pardo Bazán, con un breve panorama de la paleoficción literaria española», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 33: 163-185.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Mariano (2016). «Spanish Anarchism and the Utopian Novel in the 1930s: The Libertarian Society of the Future in *El amor dentro de 200 años* (Love in 200 Years) by Alfonso Martínez Rizo», *MOSF Journal of Science Fiction*, 1.2: 7-17. <https://publish.lib.umd.edu/?journal=scifi&page=article&op=view&path%5B%5D=424&path%5B%5D=818> (Acceso: 4 de abril de 2022).
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Mariano (2018). «Parábolas de los orígenes de la civilización: *En las cavernas* (1912), de Emilia Pardo Bazán, y la ficción prehistórica en España hasta 1936, con un breve panorama de la paleoficción literaria española posterior», Emilia Pardo Bazán, *En las cavernas*. Madrid: Ediciones 19, 103-149.
- MARTÍNEZ RIZO, Alfonso (1932): *El amor dentro de 200 años. La vida sexual en el futuro*. Valencia: Biblioteca «Orto».
- MERUELO GONZÁLEZ, Anisis (1973). *Las novelas cortas de Hernández-Catá*. Montevideo: Géminis.
- NAVARRO LEDESMA, Francisco (17.11.1902). «El primer amor», *El Imparcial*, xxxvi.12794: 3.
- NAVARRO LEDESMA, Francisco (1902, 2020). «El primer amor», *Los nidos de antaño*, edición de Mariano Martín Rodríguez. Toledo, Ledoría, 2020, 141-146.
- PARDO BAZÁN, Emilia (18.7.1912). «*En las cavernas*», *El Libro Popular*, 2.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1912, 2002). «*En las cavernas*», *Obras completas, VI (Novelas cortas)*, edición de Darío Villanueva y José Manuel González Herrán. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 529-579.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1912, 2016). «*En las cavernas*», *Fuimos los primeros: «El Evangelio del Fariseo» y otras historias españolas pioneras*, edición de Mariano Martín Rodríguez. Colmenar Viejo, La biblioteca del laberinto, 203-251.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1912, 2018). *En las cavernas*, prólogo de Sergio Ripoll y epílogo de Mariano Martín. Madrid: Ediciones 19.



Narraciones primordiales: estudio y edición
de cuatro relatos prehistóricos españoles
pioneros (1887-1930)

RUDDIK, Nicholas (2009). *The Fire in the Stone: Prehistoric Fiction from Charles Darwin to*

Jean M. Auel. Middletown: Wesleyan University Press.

Augusto Danvila Jaldero

El primer escultor español

Leyenda prehistórica

Ningún ser humano había respirado aún las frescas brisas del Guadiana, cuando la tribu íbera de Oreto fijó sus tiendas de piel de reno en las risueñas márgenes del entonces desconocido río.

La multitud de animales silvestres que poblaban los sombríos bosques de aquella región de España sedujo a la nómada caravana, que subsistía principalmente del producto de la caza; y el consejo de los ancianos, presidido por el centenario Oreto, decidió construir un pueblo *lacustre* sobre las tranquilas aguas de un remanso del Guadiana.

El hacha de sílex de los cazadores trabajó sin descanso durante algunos días, y no tardaron las mujeres en albergar sus hijuelos bajo rústicas cabañas de ramaje y pieles, construidas sobre elevados troncos, sólidamente enclavados en el cieno del remanso.

Pocos días después de la instalación de la tribu en sus extrañas viviendas, y a la hora del crepúsculo vespertino, dos jóvenes, de resuelto ademán y arrogante continente, vestidos tan solo con un sayo de piel de oso, cuya cabeza cubría en forma de casco la de sus portadores, descendieron de una de las cabañas, y entrando en una canoa construida de un recio tronco, navegaron en dirección de una choza que se distinguía de las otras por sus mayores proporciones.

Llegados ante la puerta, amarraron la embarcación a uno de los pilotes que sustentaban la cabaña sobre las aguas, y uno de los navegantes lanzó un agudo grito, que resonó en las espesuras de la selva. Otro grito semejante contestó desde el interior, y los dos íberos ascendieron por una escala de cuerda hasta el umbral de la morada. Allí les aguardaba Oreto, el anciano jefe de la tribu, envuelto en un grueso manto de fibras de cáñamo silves-

tre, teñidas de varios colores. Los visitantes, sin hablar palabra, penetraron en la cabaña, sentándose sobre unos trozos de pino que servían de escabeles.

Una joven de agraciado semblante, penetrantes ojos, blanca tez y poblada cabellera, que en ondulantes rizos caía sobre su desnuda espalda, arrodillada ante una gran piedra que servía de hogar, vigilaba un trozo de carne de ciervo, puesta al calor de un vivo fuego. Al apercibir a los silenciosos personajes, la muchacha volvió la vista, y una ligera sonrisa animó su semblante. Oreto sentóse entonces, y dijo a la joven:

—Nella, los hijos de mi hermano están bajo nuestro techo.

La doncella se puso en pie, arreglándose el cinturón que ceñía su túnica de blanca piel, y colocando en su sitio las piedrecillas de colores que en forma de collar rodeaban su torneada garganta.

Los recién llegados fijaron en ella sus miradas con marcado interés.

Nella desapareció tras una piel que dividía la choza, y pocos segundos después volvió a salir, llevando en cada mano una vasija de barro, llena de un líquido semejante a la cerveza.

—Bebed —dijo Oreto.

Los íberos tomaron cada uno un vaso que les ofrecía Nella, y sorbieron su contenido lentamente. Cuando concluyeron, Oreto dejó de acariciar su poblada barba, y dijo con reposado ademán:

—Hablad, ¿qué deseáis de vuestro jefe?

—Yo —dijo uno de los interpelados, cuyo rostro denotaba cierta fiera arrogancia—, vengo con mi hermano Berto a reclamarte el cumplimiento de una promesa que nos hiciste cuando movimos por última vez nuestras tiendas, en busca de tierras mejores.



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

—La recuerdo; Oreto no olvida nunca.

—Pues bien —replicó Berto—, cumple tu palabra.

—Dije que, cuando construyéramos nuestras viviendas de un modo definitivo, mi hija Nella sería la mujer de uno de los descendientes de mi hermano.

Los dos íberos hicieron una señal de asentimiento. Nella dio algunos pasos hacia el hogar, cuyos vivos destellos iluminaban los troncos de las paredes y los despojos de animales selváticos que las cubrían.

Reinó un momento de silencio, interrumpido tan solo por el chisporroteo del ramaje que ardía, y mientras Berto afectaba repasar las correas de sus rústicas abarcas, Lauro fijó de nuevo su insistente mirada en la hija de Oreto, cuya gallarda silueta se destacaba de perfil sobre el brillante fondo del hogar.

—Mañana, al salir el sol, dijo el anciano jefe, marchad al bosque, permaneced en él tres días, y volved a referirme cuanto os ocurra. La voluntad de los astros me será revelada por vuestro relato. Marchad.

Berto y Lauro se pusieron en pie, y tras de colocarse las manos del jefe sobre su frente, abandonaron la estancia. En el dintel de la puerta, Berto, que marchaba detrás, volvió el rostro, y dirigió una última mirada a Nella, que seguía inmóvil y como abismada en profunda meditación.

Tres días después, y a la hora designada, Lauro y Berto se presentaron en la morada del jefe de su tribu.

Oreto se hallaba sentado sobre una mullida piel de oso, jugueteando con un lanudo mastín, que le servía de apoyo. Una astilla de tea iluminaba la estancia con rojizo resplandor.

Los jóvenes penetraron en la vivienda, y obedeciendo una indicación de Oreto, tomaron asiento ante él.

El anciano fijó su mirada en Lauro y Berto, como queriendo adivinar por su fisonomía cuál de ellos iba a ser el esposo de su hija; pero los íberos, impasibles, no demostraron nada con su semblante.

—Hablad —dijo Oreto.

Lauro tomó la palabra, y con pausado acento dijo:

—Vagaba yo por la selva, cruzando ríos, subiendo montes y cazando cuantos animales se ponían al alcance de mi arco o de mi lanza, cuando rendido por la fatiga, me tendí a la sombra de una añosa encina. Ya el sueño iba apoderándose de mí, cuando el galope de un caballo me hizo poner en pie empuñando la lanza, a tiempo que un guerrero, montado sobre un vigoroso alazán, se presentó a mi vista. Al momento lo reconocí: era Remo, nuestro mortal enemigo, el segundo de los Turdetanos. Al notar mi presencia lanzó el grito de guerra de su tribu, y blandiendo el hacha, se precipitó sobre mí. Los astros que nos protegen dispusieron que su caballo tropezara en un tronco y arrojase al jinete al suelo. Levantose enseguida y comenzó una lucha cuerpo a cuerpo; varias veces su hacha rozó mi cabeza; pero al fin conseguí herirle en el pecho, y cayó lanzando un gemido de dolor. Esta es la diadema de oro que adornaba su frente. Sus armas están en mi choza, y su caballo me ha traído hasta aquí. El régulo de los Turdetanos no insultará ya más a la tribu de Oreto.

—Has obrado como un íbero, dijo el anciano —tomando la sencilla diadema de oro que le presentaba Lauro—. No en vano eres el primer guerrero de la tribu. Habla, Berto, y cuéntanos lo que te ha sucedido en el bosque.

—Me hallaba lejos de aquí, a las márgenes de un riachuelo desconocido. Mi pensamiento había quedado en esta cabaña. Recordaba, como si la estuviera vien-



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

do, la figura de Nella, iluminada por los brillantes reflejos del hogar. Insensiblemente, con una varita que llevaba en la mano, comencé a hacer rayas en la húmeda arcilla del río. No sé cómo fue, pero aquellas líneas parecían las que el rostro de Nella ofrecía la noche que partimos de aquí. Maravillado de tal prodigio, no acertaba a separarme del lugar donde estaba la Nella creada por mí; Lauro, pensé, es fuerte, valiente y audaz; él será el poseedor de la hija de Loreto, pero tendré otra Nella, que nadie podrá disputarme. Quise llevarme el barro; mas ¿cómo transportar la húmeda arcilla? Una idea sorprendente me ocurrió, la de coger otro barro más duro y reproducir la imagen. Así lo hice, y queriendo que se asemejara más, con una caña aguzada tracé los cabellos, marqué sus ojos, y poco a poco llegué a hacer otra Nella de arcilla igual a tu hija: mírala.

Y al decir esto, Berto sacó de su zurrón de piel envuelto en hojas de plantas acuáticas un plano de barro, en el que en bajo-relieve se veía una cabeza de perfil, de tosco modelo e infantil diseño; pero que a pesar de lo imperfecto de su ejecución, ofrecía algunos de los rasgos más sobresalientes de la fisonomía de Nella. Oreto y Lauro no pudieron contener una exclamación de asombro ante aquel prodigio tan nuevo para ellos.

En aquel momento, la piel que dividía la cabaña dejó paso a Nella, que corrió presurosa a ver su retrato. No debió dis-

gustarle, porque mirando con cariñosa sonrisa a Berto, le dijo:

—¿Es para mí?

—No —respondió el escultor—; es mi gloria y mi vanidad. Yo no he vencido a ningún caudillo enemigo. Y además, ¿qué me consolaría del dolor de no verte a mi lado?

—En vano disputáis —dijo Oreto—, porque mañana a la pálida luz de los astros, seréis unidos por mí ante el dolmen sagrado.

—¿Y yo —dijo Lauro— que he dado muerte al más terrible de nuestros enemigos, soy postergado a Berto?

—Así lo disponen los astros; tú serás el jefe de la tribu por tu valor. Berto, por su cariño, será el esposo de Nella.

—Gracias, padre mío —dijo la doncella, abrazando a Oreto—; también mi corazón prefería a Berto.

—La ciencia celeste no miente jamás, hija mía, y no podía disponer que el águila se uniera con la tórtola.

—El águila —exclamó Lauro con arrogancia—, velará por el nido de la tórtola, y ¡ay del que se atreva a atacarlo!

Dos días después tuvo lugar el matrimonio de Nella y la proclamación de Lauro.

Los ecos de los bosques resonaron con los gritos de los guerreros que celebraban la aclamación de un nuevo caudillo, y con las canciones de los bardos que referían las glorias del primer escultor español.

Nilo María Fabra

El palo y la pala Cuento prehistórico

Allá en los tiempos prehistóricos, cuando los habitantes de las Baleares apenas conocían la agricultura, viéndose obligados a vivir de los productos espontáneos del suelo, de la caza y de la pesca, reinaba sobre aquellas islas un rey llamado Pollene, de escasos bienes de fortuna, porque era de suyo generoso y blando de corazón en el remedio de la miseria y necesidades que afligían al pueblo.

Tenía el monarca dos hijas: Rosa, la mayor, y Margarita, la más pequeña, las cuales, llegado que hubieron a edad de tomar estado, siguiendo los usos y costumbres propios entonces de tan altas princesas, eligieron esposos, siendo preferido por la primera Adamas, señor de Menorca, y por la segunda Fromento, que lo era de Ibiza, ambos condes feudatarios del soberano balear.

Considerábase el menorquín sobradamente rico desde que un barco suyo dedicado al corso apresó un buque que, entre otros objetos preciados, conducía nada menos que un celemín de diamantes.

Limitábase el patrimonio del ibicenco a una fanega de trigo (el primero que se conoció en las Baleares), adquirida de unos mercaderes catalanes en cambio de un quintal de merluza.

Era Rosa soberbia, irascible, dominante y vana, y Margarita humilde, apacible, dócil y sencilla; aquella una morena de hermosos, rasgados y negros ojos muy expresivos, y esta una rubia de rostro seráfico y lánguido mirar.

Pasados algunos meses de noviazgo, se convinieron los capítulos matrimoniales. Agotada la consignación anual de la lista civil, y consumidos los créditos extraordinarios en obras de beneficencia, el rey Pollene, por no ser gravoso a su pueblo con onerosos tributos, hubo de verse en el pe-

noso extremo de no señalar dote alguno a sus hijas: solo por el bien parecer y cumplir una fórmula legal, se estipuló que el Monarca cedía a Rosa un palo y a Margarita una pala, atributos regios que, según graves prehistoriadores, estaban a la sazón de moda en las cortes insulares.

El conde de Menorca dotó a su prometida con el celemín de diamantes de referencia, y el de Ibiza a la suya con la fanega de trigo.

Las bodas fueron todo lo suntuosas y bien vestidas que permitía una corte en la cual el mobiliario y la indumentaria estaban contenidos en los estrechos límites de lo necesario y lo decente, sin molestas ni enojosas superfluidades. Si en ello perdían los sastres y las modistas, en cambio ganaban los contribuyentes.

Rosa fue, sin embargo, una excepción, porque se presentó vistosa y espléndidamente ataviada, luciendo diadema, pendientes, alfileres, collar, brazaletes, sortijas, cinturón, ajorcas y hebillas con gruesos, limpios y copiosos diamantes engarzados en tan completo aderezo. Refieren las crónicas que hasta las prendas más íntimas, como el corsé y las ligas, estaban cuajadas de pedrería.

A tan ricas y abundantes preseas hacían contraste el traje y tocado de Margarita, la cual no llevaba alhaja alguna sobre su modesto vestido de percal azul celeste, ni más adorno en la cabeza que tres espigas de trigo nacidas de un grano, primer regalo del novio, que ella, con solícito cuidado, plantó y cultivó en una maceta.

Terminadas las fiestas reales con que se solemnizó el fausto suceso del matrimonio de las dos princesas, el rey Pollene bendijo a sus hijas y a los maridos de estas, y con harto dolor de su alma, más



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

atento a la razón de estado que a consideraciones de orden sentimental, dioles permiso y licencia para que marchasen a sus respectivos feudos.

El conde Adamas y la princesa Rosa, llenos de orgullo, con aquella presunción y engreimiento que fácilmente se apodera de las personas cuando la fortuna les favorece de improviso, dieron en gastar, movidos por su inmoderado amor al boato y a la ostentación, de la manera más desordenada que imaginarse puede. Baste decir que a los ocho años de casados, en palacios, jardines, parques de caza, muebles, coches, caballos, festines, diversiones y parásitos, consumieron su hacienda, y que del famoso celemín de diamantes del canastillo de boda no quedó una piedra.

Entonces Rosa tomó el palo de la dote paterna, y dándoselo a su marido, dijo:

—No hemos quedado sin patrimonio, he vendido el último diamante; pero aquí te traigo una mina.

Adamas comprendió la intención de su esposa, y desde aquel día no dejó hueso sano en toda Menorca, hasta arrancar a los pecheros nuevos y cuantiosos tributos.

Mas como estos ingresos no bastaban para mantener el fausto de la corte, y Rosa se oponía tenazmente a todo proyecto de economías, el conde decidió a costa de grandes sacrificios y dejando al país esquilado, crear una escuadra de corsarios y declarar la guerra a medio mundo, guerra en aquella época harto fácil porque el mundo era muy pequeño.

Libráronse en el mar sinnúmero de batallas; los menorquines dieron altos ejemplos de pericia, valor y heroísmo; cayeron en su poder numerosas naves, contáronse a millares las bajas del enemigo, los poetas celebraron en inspiradas estrofas las victorias de la armada invencible; pero si la gloria fue grande, el provecho del botín escaso.

Mientras el conde de Menorca, espolado por su esposa con aquel ascendiente que suelen tener las mujeres de soberbia y dominante condición, derrochaba de esta manera las riquezas que le deparó la suerte, el de Ibiza, siguiendo los consejos de la bondadosa Margarita, a la que profesó siempre tierno y acendrado amor, consagróbase a fomentar los intereses materiales de la isla, ya construyendo caminos, ya explotando los productos que espontánea y liberalmente ofrecía el suelo, ya abriendo mercados, ya impulsando el comercio, y, sobre todo, creando una asociación agrícola, cuya presidencia efectiva reservó para sí la misma princesa.

La cual mandó roturar un prado, y ella misma, para dar ejemplo y provechosa lección al pueblo, sembró la fanega de trigo. Como la tierra era virgen y de superior calidad, al cabo de un año la fanega de dicha gramínea se había convertido en diez. En la segunda cosecha se recogieron 80, en la tercera 720, y en la cuarta 6.480. Claro está que para llegar a esta producción, todas las recolecciones habían sido destinadas exclusivamente a la sementera. Cuando se obtuvo la última cifra, Margarita enseñó a sus vasallos, convertidos en colonos, el arte de la molienda, haciendo uso de los artefactos rudimentarios de los hombres primitivos y que emplean aún en los países bárbaros.

La agricultura se desarrolló hasta el punto de trocarse en tierras de pan los hermosos y fértiles valles de la isla; y como la producción superaba al consumo, merced al cambio de productos aumentó en gran manera la riqueza pública, siendo Ibiza, a pesar de lo limitado de su territorio, una de las comarcas más florecientes del Mediterráneo.

Mas el trigo guardado en las paneras mermaba corroído y estragado por el gorgojo.



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

Margarita se acordó entonces de la pala con que la dotó su padre, y echando manos de ella comenzó a apalear el trigo de las trojes de palacio, para que las personas conspicuas de la corte no tuvieran a menos dedicar sus brazos a tan útil faena, que si honra la posesión de los bienes legítimamente adquiridos, más enaltece el trabajo de conservarlos.

En fin, cumplidos dos lustros de las bodas de las princesas, el rey Pollene, abrumado por los años y los sinsabores con que de continuo afligían su real corazón los condes de Menorca, llorado por sus vasallos y bendecido por todo el mundo, entregó su alma a Dios, sin dejar más bienes que un palacio en ruinas y un trono antiguo, y no digo corona porque la había subastado para sacar de apuros al tesoro público.

Como no dejó sucesión masculina, el cetro correspondía a Rosa por derecho de primogenitura; pero los mallorquines, acostumbrados al régimen patriarcal y humano del difunto monarca, movieron sediciones y se alzaron en armas contra la heredera legítima.

Margarita y su marido el conde Fromento, dando alto ejemplo de la alteza de sus sentimientos y del respeto que les

merecía el derecho consuetudinario, prestaron pleito homenaje a Rosa; lo cual no impidió que el fuego de la insurrección cundiera por la isla de Mallorca, y que hasta se advirtieran chispazos en la de Menorca: tal era la enemiga contra Adamas y su esposa.

En este estado las cosas, se reunieron las cortes generales en la capital de las Baleares para proclamar a la reina. Los legitimistas partidarios de Rosa invocaban el principio tradicional, ensalzaban las victorias alcanzadas por el conde de Menorca, y anunciaban días de gloria imperecedera para la patria bajo el reinado de una princesa cuyo marido era estimado por flor de las más célebres generales, dechado de caballerosidad y desinterés y temor y espanto de sus enemigos. Los del contrario bando, que presentaron la candidatura de Margarita, oponían a estas razones el parangón entre la miseria de Menorca, donde imperaba el palo, y la riqueza de Ibiza simbolizada por la pala en manos de la princesa.

Y Margarita, bien a pesar suyo, fue proclamada reina.

Hasta los partidarios de Rosa se convencieron de que para conseguir el engrandecimiento de las naciones es mejor apalear el trigo que apalear al prójimo.

Alfonso Hernández-Catá

Primeras lágrimas Cuento prehistórico

Amor y odio, ambición y envidia, las plagas de la humanidad civilizada, no existían en aquella humanidad salvaje que, cual piara de bestias, poblaba la tierra.

Fue allá por la época en que el hombre, tal vez por su propia ignorancia cumplía con el segundo mandamiento de Dios, y la alegría y el dolor eran sentidas por un solo corazón, eran expresadas por un solo grito, pronunciado por millares de bocas.

Aquellos rebaños humanos huían continuamente de las fieras que, como dueñas absolutas, se enseñoreaban por valles y llanuras, obligándoles a cambiar continuamente su campamento.

No existía el pudor; ningún dique existía para contener las pasiones, y en confuso montón padres e hijos, hermanos y hermanas, cumplían las leyes de la naturaleza, atendían a las necesidades de la carne.

Aún de las celdillas de ningún cerebro había brotado la idea del amor exclusivo; aún los labios de ningún hombre habían pronunciado el grito con que habían de expresar su predilección por una sola hembra.

* * *

Surgió el primer amor, el corazón de un hombre sintió acelerar sus latidos a la sola presencia de una sola mujer, y sus labios pronunciaron la primera galantería, el primer grito de amor pronunciado en el mundo.

Era un salvaje de tez curtida por colores y cierzos, de contextura de atleta, de corazón de amante.

Pero la primera mujer que fue amada pagó con esquiveces el cariño y prefirió entregarse hoy y mañana en brazos distintos que pertenecer a un hombre solo.

Desoyó sus ruegos, hurtó su presencia, rehuyó sus caricias... mas todo en vano; siempre le seguía, siempre le asediaba con

sus halagos. Y ella entonces sintió hacia él algo que hasta entonces no había sentido... El primer amor había engendrado el primer odio.

* * *

Era una tarde en que la caravana se detuvo; el sol teñía de púrpura con sus últimos fulgores los jirones de nubes que cubrían el cielo, y el crepúsculo envolvería pronto a la Tierra con su manto soñoliento y triste.

La hembra quiso aprovechar aquella ocasión y desapareció entre helechos seguida de otro hombre. «Tal vez el cansancio y la fatiga le impida seguirme», pensó sin duda. ¡Mas ilusión vana! Su ausencia fue notada por el amante, que orientándose como un perro halló bien pronto el escondite de sus burladores.

Subido entre una rama los vio. ¡Sí, allí estaba! ¿Cómo confundirla? La vio sobre una cuna de hojas en brazos de otro hombre; su mirada era lujuriente, su cuerpo incitaba a ahitarse de placer, y su boca se confundía con la de su compañero en un beso de bestia, en un beso que degeneró en mordisco, por hacerlo más fuerte, más largo... interminable.

Y él lo vio, y al verlos, odió por vez primera a otro hombre; sus ojos se velaron con nube sanguínea; sus músculos de atleta se contrajeron violentamente, y la cortante piedra que tenía entre las manos hendió los aires con silbido seco... con silbido de muerte.

Sonó el cráneo al ser chascado por la piedra, y la cuna del placer se convirtió en lecho de muerte.

Mas ¡ay! no siguió la piedra el rumbo que le había querido impeler su voluntad, y el primer hombre odiado huyó, cobarde,



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

al verse ileso, sin defender siquiera su puesto; sin auxiliar siquiera a la hembra agonizante.

Y no fue perseguido, no; a la fiereza dio tregua el dolor y el primer amante, al ver muerta a la hembra querida, lloró por vez primera; acarició sus cabellos teñidos de sangre y depositó con ansia loca mil y mil besos en aquellos labios cárdenos que antes de morir besaron a otro hombre.

* * *

Abandonó la piara aquellos lares, y nadie echó de menos a los que faltaban.

Y al otro día, los primeros rayos de sol que penetraron entre los helechos sorprendieron al primer amante besando con ansia febril los labios de la muerta y llorando... llorando siempre.

Fulgencio Chapitel

La mayor fiera del mundo

Declinaba la prehistoria al terminar el período neolítico, aún subsistente en apartadas regiones montaraces. En su caverna, rodeados de pinturas que, en un esbozo de religión, pretendían hacer propicia la caza representando las apetecidas presas, una pareja humana padecía hambre porque los animales de la selva habían huido a otras regiones. En su persecución marcharon por tierras desconocidas, siempre monte arriba. Él le contaba a ella las tradiciones familiares sobre la abundante caza en otros tiempos, y ella le explicaba a él la leyenda que su madre le contó sobre la ferocidad del Grifo. Así caminaron muchos días, mal alimentándose con algunas aves abatidas por las flechas con punta de sílex que él disparaba con su arco.

Un día encontraron entre las malezas huesos humanos dispersos. Un hombre había sido allí devorado por una fiera. Prendidos en las zarzas había allí restos ensangrentados de telas que contemplaban por primera vez. En el suelo, manchada de sangre seca la hoja, encontraron un cuchillo, que despertó su admiración. No era de obsidiana, de sílex ni de ninguna clase de piedra conocida, como el bien pulimentado que él llevaba en su cinto sobre las pieles de su traje, sino de algo que brillaba como el sol: el corte era agudo y el peso extraordinario. La primer arma de bronce que veía despertó extraordinariamente la admiración y la curiosidad de aquel primitivo.

Siguieron caminando, y él utilizó el cuchillo de bronce, admirado cada vez más de su utilidad: las ramas más duras eran cortadas fácilmente, y en la caza era de extraordinaria eficacia lanzado violentamente por su ágil y experimentado brazo.

Cuando transpusieron las más altas

montañas, un espectáculo inesperado y maravilloso surgió ante sus ojos: bajo ellos, en un valle, existía una ciudad.

Se fueron acercando a ella con gran cautela. Intentaron inútilmente robar. Comerciaron con sus habitantes siguiendo los métodos tradicionales de depositar las pieles en el suelo y esconderse para volver luego a reconocer los objetos a cambio de ellas ofrecidos, y al cabo de largo tiempo acabaron por incorporarse a la ciudad y transformarse en ciudadanos.

El hombre rupestre habitó con su compañera en una casa y no tuvo que preocuparse de los mil menesteres de antes, cuando necesitaba valerse de sí mismo para todo. Él se limitaba a cazar, y a cambio de la carne y de las pieles adquiría el delicioso pan, antes desconocido, armas preciosas de bronce, fabricadas por brujos que no se dejaban ver jamás; ropas de paño tejido con lana previamente hilada, y cuanto necesitaba para satisfacer necesidades antiguas o nuevas en él y en su pareja; porque así como él se dedicaba exclusivamente a cazar, otros se dedicaban de igual modo a otras faenas. Además, sus victorias sobre los animales carniceros le hicieron conquistar la consideración general.

Además, aprendió muchas cosas insospechadas. La ciudad se había formado alrededor de una gruta existente en una ladera escarpada del valle, y dentro de ella vivía un dios que era preciso temer y adorar.

Este dios era un Grifo, el último, que supervivía de remotas edades. Cada noche rugía horrísonamente, y por los días hablaba. Tenía sacerdotes que cumplían religiosamente sus órdenes, que solían consistir en petición de sacrificios de víctimas y ofrendas: ganado, fruta y alguna



Narraciones primordiales: estudio y edición de cuatro relatos prehistóricos españoles pioneros (1887-1930)

doncella de vez en vez. Aquel Grifo engullía las víctimas con apetito voraz.

Todos temblaban ante el Grifo, recluso en su cueva desde hacía siglos, ejerciendo una tiranía atroz. El único que no temblaba era el nuevo ciudadano procedente de las selvas, porque jamás había conocido el temor; así es que un día dijo a su compañera:

—Mi oficio es luchar con las fieras; mi brazo es poderoso y nunca tiembla cuando maneja la lanza o el cuchillo; conozco el sitio justo para que este penetre entre dos costillas hasta el corazón; mi olfato no se equivoca jamás, y en las mas oscuras tinieblas sé orientarme sin que mis pasos sean oídos; he vencido mil veces al león, al oso y a cuantos animales he encontrado; ahora quiero matar al Grifo que tiraniza la ciudad.

Ella tampoco tembló, pero, curiosa, quiso informarse de su plan, que él la explicó.

La oscuridad era absoluta; menos ruido que él hacía al andar una mosca; entre las tinieblas, lentísimamente, tanteando las paredes con las manos y el suelo con los pies, iba avanzando cautelosamente en espera de que llegasen a su despierto olfato las emanaciones del monstruo para localizarlo y acercarse a él. Así avanzó mucho tiempo sin oler, hasta que divisó un pequeño punto luminoso que se acercaba

lentamente. Se escondió entre unas rocas y esperó.

Poco a poco se fue acercando la luz. Era un candil de barro que llevaba en la mano un sacerdote, tras el que venían otros muchos más. Llegó la procesión hasta cerca de la boca de la gruta y empezaron todos a lanzar a coro los espantosos rugidos que aterraban la ciudad. Después mientras volvían sobre sus pasos, iban hablando y discutiendo sobre las víctimas que al día siguiente habían de pedir.

Cuando se perdieron en los profundos y misteriosos pasadizos, el hombre de la selva deshizo su camino, salió de la gruta y fue a buscar a su compañera en su casa.

—Vámonos inmediatamente —le dijo con cara espantada.

—¿Adónde?

—A la selva.

—¿Has matado al Grifo?

—Al Grifo no se le puede matar; tengo miedo.

—¿Miedo tú?

—Sí, miedo, porque se trata de una fiera terrible, con muchas cabezas y muchos brazos, con la que no se puede luchar. Vámonos a la selva, donde estas fieras no existen.

—¿Pero qué fiera es esa capaz de infundirte a ti pavor?

—La mentira, la hipocresía, la confabulación. ¡Huyamos!